



Prologo

Prologar libros, ensayos o textos, suele ser una acción de distinción y afecto para el “prologante”, comúnmente aceptada.

En un prologo, el autor debería esbozar el contenido del libro, ya que el titulo es a menudo solo una clave sobre la obra que puede ser muy engañosa.

Cuando se acepta hacer el prologo de una obra, aparte de la obligación de leerla y comentarla, esta implícita la motivación de ser amable y repartir elogios, en especial al autor.

Prologar es anunciar, es abrir un camino hacia la obra, es preparar a los lectores para lo que vendrá, allanar el camino, preparar sus mentes, predisponer favorablemente sus almas.

Porque esta obra impone una preparación, requiere una apertura, necesita de una predisposición.

“Cuentos en emergencia” no es un simple libro de cuentos, no pretende ser una lectura “pasatista” con aires de frivolidad ni mucho menos una obra para ser leída con una postura simplista. Quien se atreva a enfrentarse con cuentos en emergencia descubrirá la punta de un ovillo, el extremo superior de un iceberg, encontrara el punto de partida para una profunda reflexión , para un severo análisis de los vericuetos de la conducta humana, con su maldad intrínseca y su bondad cultural, con sus irreparables exabruptos y con el heroico control de las emociones, con sus instintos y sus sutilezas, con sus tremendas desgracias pero con su ilimitada capacidad de recuperación y transformación. En fin del hombre mismo en todas sus dimensiones y con un concepto de “integralidad” en su vida de relación.

Todas estas situaciones, transcurren en un ámbito muy particular, que es el ambiente de la salud, en un medio medico en todas sus variantes, narradas con sutileza cruel y descarnada, producto de una aguda observación, talentosa disposición y producto también de muchas horas de guardia, interminables horas de trabajo, agotadoras búsquedas de soluciones y el contacto permanente con el dolor, con la angustia y con la agobiante presencia de la muerte.

Es en ese mundo de la medicina, bendita profesión que supimos descubrir y conservar, donde Carlos Cengarle encontró las musas, la magia de la inspiración, para escribir una serie de cuentos, crear un conjunto de situaciones que nos invitan imperiosamente a la reflexión y al análisis. Son relatos que nos proponen reflexionar sobre temas que nadie quiere mencionar, a los que todos escapan, seguramente por cobardía o quizás no somos

capaces de ver por tanta vorágine tanto vértigo, tanta rentabilidad y tanta eficacia adolescente de ética.

El autor, entonces nos propone perder los miedos, desembarazarnos de prejuicios, y hacer más pequeña la brecha que nos separa; una brecha, teñida de una fuerte presencia de intolerancia. Para hablar de eso, de ética, de moral y de muerte. Para tratar de interpretar mejor por que actuamos de una u otra forma, porque tenemos tanto miedo, porque estamos tan condicionados.

Era una urgencia que apareciera un libro como “cuentos en emergencia” para quienes creemos que la eficiencia sin ética, es inconducente y carente de sentido, por su propia insustancialidad. Para quienes queremos revitalizar la relación medico paciente, para quienes valoramos los pequeños actos de la vida, para quienes creemos en la medicina y en el poder curativo de los actos humanitarios, y para quienes creemos en la dignidad humana, es decir, en el valor de la vida humana. En este punto somos iguales, en la dignidad. Después, no somos todos iguales, pues buscamos la equidad, es decir darle más al que necesita más. Y también lo contrario.

Este libro dignifica, porque nos muestra a todos iguales y como somos. Y nos enfrenta al gran desafío del mundo global, la equidad. Una equidad entendida como justicia distributiva y sustentada en un principio ético. Todos estos conceptos son desarrollados con una fina narrativa, una capacidad de descripción aguda y una crudeza sutil, que con gran facilidad nos ubica en tiempo y espacio, como si estuviéramos viendo el escenario, enriquecido con oportunos diálogos que dan al cuento vitalidad y dinamismo, virtudes que se aprecian con mayor facilidad en su ya prestigiosa actividad radial.

Carlos Cengarle hace del dolor humano, del sufrimiento, del desgarrar el eje central y casi obsesivo de su obra. Un dolor que a veces inspira compasión, comprendida esta última como el reconocimiento de la desdicha inmerecida; otras veces inspira temor, comprendido este como la posibilidad de que un hecho determinado le ocurra a uno mismo.

De una u otra forma, no se trata de un dolor estéril, de un dolor con destino idiota, que mata y aniquila sin sentido. Es paradójicamente un dolor redentor, un dolor resiliente, con gran capacidad transformadora, que redefine desde lo mas recóndito de nuestro principio vital el potencial oculto del ser humano, ese capaz de transformar la peor tragedia en una felicidad embrionaria, en una alegría infantil, en una inquietud adolescente.

Esta resiliencia o capacidad transformadora se hace posible y a veces hasta inevitable porque los hechos, situaciones y personajes de esta obra, se ven casi siempre paradójica e inesperadamente invadidos por un acto de amor que atraviesa como una flecha y casi con gracia e ironía las situaciones mas dramáticas, los momentos mas tensos y los personajes mas sufrientes ya sean victimas o victimarios; invadiéndolo todo, como una delicada y enmarañada red, un micro poder (verdadero poder), un poder capilar, punto de partida de esa capacidad transformadora que distingue a la especie humana.

De esta obra se rescata también la libertad. No una macro libertad en función de términos sociales, políticos y económicos. Me refiero a la libertad más íntima, a aquella que surge de la praxis, es decir de la acción, de actuar, que es en esencia elegir y elegir consiste en conjugar adecuadamente conocimiento, imaginación y decisión en el campo de lo posible. Terminemos ya con los preámbulos y dispongamos nuestros espíritus para disfrutar esta obra movilizadora, que tiene el doloroso e íntimo sabor de aquello que se logra con esfuerzo.

Hernán Novara